

## ELLA QUE VA

Sonaban sus tacos altos con un repiquetear fuerte sobre el cemento gris de la plaza.

No se veía a nadie. Desierto total y abrumador de rayos de sol directos a la cabeza de la intrusa que se atrevía.

Nadie en ese mediodía de Villa Unión, solamente ella y el zumbido de miles de abejas en los retamos amarillos.

Presentía presencias. Tras las ventanas de persianas entornadas; en las veredas mojadas recientemente; y en el negocio de ramos generales, que como todo cierre tenía una silla bloqueando la entrada. Pueblo chico, infierno grande, pensó otra vez.

Ya todos sabrían que era periodista de la capital, que andaba averiguando como tantos otros lo habían hecho en el frío agosto de 2004 acerca de la desaparición de la chica suiza; la ciclista que tan misteriosamente se había evaporado y que ahora, con la muerte de un empresario a manos de un juez y sus secuaces, había vuelto a aparecer en la mente, en el miedo, en la vida de los habitantes del pueblo, al presumirse que había sido víctima de la misma banda.

La más reciente noticia relacionada con el caso, la aparición del cuadro de la bicicleta de Annagreth en la zona del Parque Nacional Ischigualasto, en San Juan, fue informada a varios medios nacionales por ella.

Se sentó en uno de los bancos de cemento gris. El calor le pasó como una ola vigorosa desde las nalgas bien moldeadas hasta el escote pronunciado. No le importó. Rebuscó en el bolso generoso los apuntes tomados en el día y los otros, los que había levantado en Buenos Aires acerca del caso. Sacó un lápiz y se dedicó a repasar los datos. Quería ir bien afilada a la próxima entrevista, en el negocio de ramos generales.

La última comunicación de la víctima, de la suiza, de esa niña bonita, decidida y sencilla que le sonreía desde la foto, cara lavada y pelo corto suelto al viento, se había realizado desde ese negocio, la noche anterior a su desaparición.

Había escrito un correo electrónico a su novio Mathias, de quien se había separado temporalmente. Él se quedó unos meses más en Brasil por una pasantía, ella continuó su camino a la Argentina.

Annagreth, andariega independiente, estaba interesada en conocer el Talampaya, sus recovecos, su antigua melancolía lunar, su huella cierta de dinosaurios pesados y solitarios; esos seres incalificables, desconocidos, inmensos que hacía millones de años habían pasado sus gigantes patas por esos lugares que ahora ella quería repetir con prolijidad científica y trashumante, esa mezcla loca que la hacía andar en su bicicleta, husmeando el extenso mundo por conocer.

Después de ese correo, la nada más absoluta, la desaparición, la huella del dinosaurio que se pierde sin su rastro pequeño dentro. La noche más absolutamente vacía de pasos. La nada.

Hasta allí la había llevado un hombre, vendedor de fantásticos viajes a gringos.

Esa puerta la recibió y le dejó escribir a Mathias.

Después, la noche que se la comió entera, el camping al que nunca llegó, el cortaplumas que no usó, la calza que tal vez lavó, la bicicleta que ya no sintió más el roce de sus piernas y que también, en un tramo de amanecer, desapareció junto a su dueña.

Eso iba a buscar. Como siempre. Buscar respuestas a preguntas de otros, de unos desconocidos que leerían su crónica periodística como la verdad. Además de ver, mirar, sentir qué fue lo que había visto, mirado y sentido la suiza.

Ella también tuvo esos veintiocho años, también recorrió parte del mundo con una mochila y jamás pudo ni presentir un peligro. Tuvo suerte, tuvo estrella iluminando su camino o, simplemente, fue a los lugares adecuados por pura casualidad.

La piel comenzó a arderle.

Un perro solitario y curioso vino a su lado, amigablemente, moviendo su cola parda y sucia. La miró con ojos de sol ardiente, de perro más sólo que un perro solo. Se sentó sobre sus patas traseras y emitió un lastimero aullido. Suave, leve como una brisa de otoño entre tanto calor hiriente.

Estiró la mano y él la lamió, agradecido. Siempre la siguieron los perros vagabundos. Y los hombres vagabundos también. Así de solitaria era su vida de mujer independiente.

- ¿Como te llamás, perrito? ¿Vago, Pulgas, Pobre, Flaco, Hambre?

Feliz de la vida, el perro movió la cola más enérgicamente, se paró y dio una vuelta completa al banco, como en un contrato de cierre de amistad.

- Bueno, está bien, te adopto. Y te llamarás Vago de ahora en más. ¡Ahora a trabajar!

Y diciendo esto, metió sus manos delgadísimas en el bolso, sacó un paquete de papas fritas y se dedicó a comer. Una ella, una el perro, una ella, una el perro.

Las notas tomadas en la mañana, a las personas que había ido encontrando en su camino, eran diversas y solamente tomadas para dar cuenta a sí misma de ese pueblo, su fisonomía social y cultural, sus deseos, sus carencias, sus costumbres.

Así, un chico la acompañó hasta la loma desde donde se puede ver todo el pueblo y los viñedos como filas de hojas prolijas: la Banda Florida, ese otro caserío bonito y verde limón, tras el río.

Así, una viejita que barría la vereda de tierra con una escoba de pichana, le contó del niño Miguel Ángel Gaitán, milagroso del lugar, enterrado en el cementerio local y de cómo cuando escarcha en los días de frío, el hielo no se asienta sobre su cofre, expuesto al público todo el tiempo, tras un vidrio donde se ve su cuerpecito diminuto, intacto como el día que murió.

Se acomodó el pelo y la blusa, se puso de pie y alisó la falda corta.

- ¡Vamos Vago! y empezó a cruzar la calle, rumbo al negocio. Paso firme y confiado.

Al llegar a la sombra de las moras, se tomó un respiro. Esa sombra salvadora la hizo transpirar y también darse cuenta de que estaba francamente nerviosa. Es que ahora comenzaba a meterse en el verdadero caso, indagando a las personas que realmente habían tenido que ver con la chica. Y sabía, por relatos de compañeros que habían cubierto la nota al momento del hecho, que no sería fácil, que se encontraría con personas hoscas, mudas, parcas.

Vago se echó a sus pies, esperando que continuara.

- Vamos -dijo, y salvando los pocos pasos que la separaban del boliche, golpeó la puerta y esperó, paciente.

Le abrió una vieja seca y flaquísima, seria como el tiempo. Sus mejillas cruzadas por surcos como dedos profundos, sus manos anchas y decididas, tomaban el marco de la puerta, sosteniéndolo.

- ¿Qué quiere, señorita? -preguntó, entrando en un juego de palabras en las que las dos sabían quién era quien y qué quería cada una.

- Buenos días señora, busco a David Sosa, por favor.

- ¿Y por qué será?

- Tengo que hablar con él

- ¿Y por qué?

- Soy periodista, él sabe un dato que yo necesito.

- ¿De la mochilera desaparecida?, ya dijimos todo, señorita, todo...

- Sí, de la desaparecida, pero no importa que hayan dicho todo, yo lo quiero escuchar.

- Entonces pague, -dijo la vieja con una dureza que la heló- pague.

- ¿Cuánto?

- Mil pesos

- Es mucho, señora, no lo tengo y usted, además, sabe que es mucho

- No, no sé nada de plata, pero sé que con esto de la chica extranjera nos tienen cansados. Creen que todos los del pueblo la matamos, somos todos asesinos aunque sin causa, porque la gringa no tenía plata y a nosotros nos quedó debiendo veinticinco centavos, mire cómo será. Dicen que usaba cheques de viajero, frita estaría acá con esos papeles que ni sé qué son, pero cheques, acá, usa la intendencia y el banco, nada más, y cobran de más para cambiarlos. Pero es así, ustedes los de Buenos Aires se creen que porque somos del interior, somos culpables de que los gringos de mierda se vengan a morir acá.

Sin respirar dijo todo. Ilda se quedó en el umbral, asombrada ante tanto discurso de clase inesperado, admirando a esa seca viejita rejuvenecida con una convicción distinta, segura, dolida.

- No señora. Yo no creo que ustedes sean culpables de nada, tampoco vengo para descubrir si está muerta y si lo estuviera, quién la mató. No me interesa. Solamente quiero saber cómo lo vivieron ustedes, qué les pasó, quiénes son y qué piensan de esta gringa y del juez Blanco que, sin tener un cadáver, decidió que encontró al asesino y que merecía la cárcel. Eso, nada más...

- "Eso, nada más" -repitió la vieja como burlándose de Ilda- Eso es mucho señorita. Pase, se está quemando.

Pasó. Por un momento no vio nada. Estaba encandilada y solamente los bordes altos de las sillas le iban indicando el camino de la vieja. Cuando se sentó, se dio cuenta que la sala estaba llena de gente, y que la habían dejado pasar con el perro, que ya estaba echado a sus pies.

- Buenos días -dijo asombrada.

- Buenos días -le contestaron en coro.

Repentinamente, sintió que las cosas se habían dado vuelta, que ella era la que tenía que responder, que ellos no sabían nada más que lo que ya habían repetido hasta el cansancio. Se dio cuenta de que ellos estaban pobremente cansados, hartos de justificar una honestidad que se podía percibir solamente viendo sus trajes usados, sus caras de cansancio, sus manos arruinadas por la tierra.

- Bueno -dijo solamente por cumplir una fórmula- veo que me están ahorrando trabajo y todos me pueden decir lo que intento saber.

- Y qué quiere saber, si se puede saber -le dijo uno del fondo mientras prendía un cigarrillo con la colilla del otro.

- Quiero saber de la gringa que... mataron

- ¡Ah! ¡de la suiza!... querrá decir desaparecida.

- Sí, de ella.

- De ella nosotros no sabemos nada más que lo que ya repetimos hasta el cansancio. Apareció una noche y pocos de nosotros la vieron, porque solamente bajó al pueblo a hacer un correo, después... desapareció, se esfumó, no se la vio más ni viva ni muerta. Desapareció -y mientras lo decía, el hombre dejaba volar sus manos como buitres-. Un desaparecido no está ni acá ni allá, se esfuma en la nada. Y este pueblo, este país, está lleno de desaparecidos y ningún responsable. Usted sabe...

A ella se le helaron las manos, vio en este hombre a otro, encargado de reorganizar el país, otro hombre flaco explicando la desaparición de miles de los que sabía ya su destino.

Por alguna razón sintió que el círculo se cerraba, que eso era todo, que no sabría más.

Se levantó de una manera tan brusca que la silla cayó con un estrépito de muerte. Dijo un adiós apurado que todos respondieron, como al llegar, cristianamente en coro. Dio media vuelta y pasó a la otra habitación, siguiendo el rayo de luz que pasaba a través de la ventana sucia y sin cortinas.

El perro la siguió todo el trayecto, en el que hizo su mochila y compró el pasaje.

Antes de subir al micro, le dio unos pesos a un pibe para que se quedara con el perro.

El perro la miró mientras subía los escalones del colectivo, seguro de sus destinos solitarios.

Cuando miró por la ventanilla, el sol se ocultaba tras los cerros rojizos. Vago movía la cola parda otra vez y, con eso, sus flacas caderas.

El micro se puso en marcha. Entonces, él también desapareció.